

Francesc de Carreras

# El joven Javier Pradera

Me ha extrañado la escasa, o casi nula, repercusión en el debate público del libro sobre Javier Pradera que ha publicado el historiador Santos Juliá (*Camarada Pradera*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2012). Se trata de un volumen sobre los años jóvenes, los de militancia en el PCE, de quien luego fue gran editor y analista político, encabezado por un brillante estudio de 150 páginas a cargo de Juliá, completado por otras 300 de recuerdos, memorias, documentos y escritos.

Para los interesados en conocer el ambiente intelectual y político de Madrid en los años cincuenta, en el giro del PCE hacia la reconciliación nacional tras la sustitución de la Pasiónaria por Carrillo, en la acción política y el debate teórico que condujo a las expulsiones del partido de Claudín, Semprún y Vicens, así como en la formación de la personalidad de Javier Pradera en estos tiempos de su juventud, se trata de un libro de lectura obligatoria. También a los seducidos por la figura de Jorge Semprún cuando todavía no era escritor sino militante clandestino en Madrid, el libro les resultará revelador. Por todo ello me ha sorprendido que la aparición de tal volumen no haya suscitado todavía el debate político e intelectual que merece.

El Pradera estudiante de Derecho le sirve a Santos Juliá para detenerse en dar unas pinceladas sobre la universidad madrileña de la época y, en especial, describir la labor del Instituto de Estudios Políticos, en principio un simple foco de doctrina totalitaria pero que bajo la dirección de Javier Conde, y con los límites normales en la época, se convierte en lugar de encuentro, estudio y enseñanza de muchos solventes académicos en la materia que abrieron las mentes de jóvenes estudiosos que dejaron de colmular con las ideas del régimen y pronto se rebelaron contra el *establishment*.

Igual que en otros campos –como la literatura, el arte, la filosofía o el cine–, los años cincuenta no fueron para ciertas éli-

tes dedicadas al estudio de las ideas políticas, el derecho, la historia, la sociología o la economía, un páramo intelectual completamente aislado del mundo sino un tiempo extraño en el cual determinados personajes, oficialmente franquistas, auspiciaron o toleraron una relativa apertura hacia las ideas y doctrinas liberales, demó-



ÓSCAR ASTROMUJOFF

cratas y socialistas que circulaban en nuestro entorno cultural. Pradera y sus amigos –Música, Tamames, Auger, Muguerza, y tantos otros– se aprovecharon de estas espinas incontroladas para irse formando en doctrinas que, si bien eran diversas, convergían en un punto: todas demostraban que España constituía una anomalía en la Europa Occidental.

Buena parte del libro está dedicada a la evolución del PCE en aquellos años, un aspecto central en la recomposición de las fuerzas antifranquistas. En efecto, la oposición al régimen, diezmada en la posguerra por una durísima represión, hasta 1956 fue muy ineficaz, situada entre la nostalgia de la República y los conflictos personales del exilio. La política comunista de reconciliación nacional supuso una decisi-

va inflexión. No sólo planteaba la amnistía legal y moral de vencedores y vencidos como una forma de liquidar el duro lastre del pasado sino que también permitía el acercamiento de los comunistas al resto de fuerzas para así poderse constituir en su principal motor.

Ahí el papel de Pradera en Madrid fue clave porque su figura encarnaba la reconciliación misma: su padre y su abuelo fueron fusilados por los republicanos en las primeras semanas de la guerra, procedía de familia vasca de clase alta, con un tío carnal diplomático y alto jefe del Movimiento, primero de su clase en la universidad, militar por oposición en el Cuerpo Jurídico, casado con una hija de Sánchez Mazas y... significado miembro del partido comunista. Encontró su álder ego en el clandestino Jorge Semprún, alias Federico Sánchez, nieto de don Antonio Maura y su jefe más directo en el partido, con quien mantuvo amistad y discrepancias notorias, muy bien documentadas en el libro.

La política de reconciliación nacional condujo al PCE a propugnar la unidad con las demás fuerzas políticas, una estrategia acertada, a mi parecer la única inteligente, que dio sus frutos desde los años sesenta hasta la transición pero que estaba basada en unos supuestos pretendidamente científicos, basados en el marxismo-leninismo y en las leyes de la dialé-

tica. La lectura del debate, tanto en el resumen que hace Juliá como en el cruce de cartas y documentos entre Pradera y Semprún, es testimonio de un profundo vacío conceptual. Dicen que Pradera aún se preguntaba al final de su vida qué era el capitalismo monopolista, uno de los puntos centrales de aquella política. Si uno al leer el debate aplica el sentido del humor puede pasar un rato extraordinariamente divertido. En estos años de juventud, Javier Pradera ya se muestra tal como fue hasta su final: una persona con libertad de criterio, estudioso y culto, realista en política, al que le gustaba más la influencia que el poder, moralmente íntegro tanto en el plano intelectual como personal. Los documentos de este libro así lo muestran y Santos Juliá lo destaca.●

Pilar Rahola



## Una merienda

Me avanzo a la mayoría, amparada en el inesperado privilegio de una tarde en Cadaqués. Ventura Pons nos invita a un pase privado de su nueva película y el pequeño espacio que nos acoge se convierte en el escenario de insólitas emociones, que compartimos con pasión. Acaba de dirigir una película única, de las que quedan marcadas en rojo en la biografía de un director, hecha sin otra concesión que la que impone el buen hacer y un profundo sentido de la belleza. Es casi una antipelícula, porque el eje central es un largo diálogo entre tres personas que toman el té. Pero siendo pura palabra, su ritmo es vertiginoso y cautiva la atención con sorprendente magnetismo. Sólo se trata del relato cinematográfico de una merienda en Ginebra y, sin embargo, incluye un universo de recuerdos, memoria, tragedia y esperanza, la vida al completo. No exagero si digo que es una de las películas más deliciosas y emocionantes que he visto en mucho tiempo. Y aunque no está aún en cartelera (parece que la veremos en TV3, esperemos que pronto), he sentido la necesidad de empezar a hacer boca.

Por supuesto hay trampa, porque la

## Es una película redonda que retrata el intenso volcán que palpitaba en el cuerpo frágil de Rodoreda

fuerza del relato no nace del azar, sino de quienes protagonizan la película, cuya profundidad intelectual traspasa la frivolidad del tiempo. Hace años Ventura leyó en *Els escenaris de la memòria*, de Josep Maria Castellet, un breve apunte de un día en Ginebra conversando con Mercè Rodoreda. Castellet comentaba que después del relato habitual de la guerra y el exilio, Rodoreda se había abierto más de lo previsible. Y con esa escasa información, resumida en pocas líneas, Ventura decidió bucear por todas las grandes entrevistas hechas a la escritora, desde Montserrat Roig hasta Maria Aurèlia Capmany, pasando por Lluís Permanyer o Joaquín Soler Serrano, buscando qué era ese “relato habitual de su memoria trágica”. Y palabra a palabra fue llenando ese fragmento de vida de la escritora, que Castellet había resumido brevemente. Todo lo que dice la protagonista de la película (encarnada por una Vicky Peña inmensa) lo ha expresado Rodoreda en algún momento, pero nunca nadie lo había convertido en un diálogo completo. Y es así como la pantalla se va llenando de sus amores y desengaños por Armand Obiols, sus sueños quebrados, su infancia feliz, sus días de huida por la Francia bombardeada, escondiéndose de los aviones ávidos de carne humana, su dramático exilio, su Catalunya convertida en las paredes de su casa de Ginebra, su obsesión literaria, su idioma, la esencia misma de su ser catalán.

No hay una sola palabra que sobre y no hay un solo momento que canse.

Es una película redonda porque retrata con maestría el intenso volcán que palpitaba en el cuerpo frágil de la gran Rodoreda. Imprescindible para entender su obra, también lo es para disfrutar de la mujer que se escondió detrás de ella. Pura literatura convertida en película pura.●

DEBATE. El futuro de la universidad / Benjamín Suárez Arroyo

## Un cambio y algo más

La universidad pública tiene un problema serio. En la última década nadie ha sido capaz de enfrentarse con decisión a las amenazas que la acechan, pese a ser bien conocidas por todos. El principal escollo surge paradójicamente de los buenos momentos que vive académica y científicamente, que le impiden tomar decisiones: si algo va bien, ¿por qué cambiarlo?

Hasta hace poco los posibles cambios causaban grandes temores en las instituciones pues auguraban una desestabilización interna, con menores cotas de crecimiento y peligros de supervivencia para algunas universidades, centros o estudios. O alimentaban miedos individuales derivados

de unos requerimientos que se preveían mucho más exigentes. La crisis está resolviendo aquellas incógnitas, aunque está llevando las universidades públicas por tortuosos caminos que anuncian destinos poco halagüeños.

A las universidades les pasa lo mismo que a otros servicios públicos e incluso que a la sociedad en su conjunto. Objetivos y estructuras antiguas, burbujas financieras, corporativas y sectoriales, crecimientos poco sólidos y, en definitiva, unas euforias colectivas que han ido agrandando el problema. Pero es muy difícil diseñar un cambio profundo en una institución o en un país cuando la nostalgia domina los planteamientos de futuro.

Las universidades públicas tienen que cambiar, pero deberán hacerlo teniendo muy presente que necesitarán más recur-

sos, pues las asignaciones públicas serán cada vez más limitadas. Esto creará situaciones nuevas que sólo superarán si los miembros de la comunidad universitaria se comprometen con el cambio y aportan todo su esfuerzo personal para obtener el dinero necesario. Algunos ven en esto serios peligros de mercantilización, quizás al no considerar las nuevas reglas que la economía del conocimiento está creando para relacionar lo público con lo privado.

En cualquier caso, será también imprescindible que los sistemas económicos y la sociedad civil participen en la financiación de las universidades públicas (colaboraciones, patrocinios o donaciones) sin más pretensiones que contribuir al desarrollo del conocimiento, cuestión clave para dinamizar la economía y para incrementar la competitividad de los sistemas productivos.●